

---

## LA MANZANA DE LA DISCORDIA.

---

La Bulgaria: hé ahí la manzana de la discordia arrojada entre las tres grandes potencias; entre Rusia, Austria y la Gran Bretaña. Inicióse la actual cruzada con pretexto de favorecer á los pueblos cristianos de Turquía, y quedan todos heridos ó maltrechos. Bosnia y Herzegovina, que comenzaron la campaña y se decidieron á requerir sus armas y empeñar el combate, yacen olvidadas, ignorando si continuarán adscritas á Turquía ó servirán para entretener un poco la impaciencia y satisfacer un tanto los agravios del Austria. La eslava Sérvia, que despues de Bosnia se arriesgó á la guerra, y en la guerra lo perdió todo, hasta el honor, duélese de que tantos sacrificios no hayan recibido los correspondientes premios. Grecia, heredera natural de Turquía, pide y no logra voz y voto en los consejos donde ha de tratarse su futura suerte y

decidirse su ulterior destino. Rumanía, la más útil, resulta la más castigada. Erigióse en nacionalidad verdadera las potencias occidentales, para interponerla, como amortiguante de los futuros choques, entre el Imperio turco y el Imperio ruso. Centinela á servicio del Occidente, debia guardar el Pruth y le entregó; debia combatir para que los rusos no llegáran al Danubio, y les franqueó el paso; debia, en último apuro, servir á su soberano el Sultan ó guardar una neutralidad necesaria por la falta de fuerzas, y entregó administracion, policía, ejército al invasor, consagrándole desde la sangre de sus hijos hasta la honra de su nombre. Y la recompensa dada por el vencedor á toda esta campaña contra el vencido, consiste en arrebatár á Rumanía su region más importante, su provincia más querida, la parte de tierra á cuya propiedad debe todo su influjo, la Besarabia, donde se encuentran las bocas del Danubio, los desagües naturales de todo el comercio alemán con el Oriente. En cambio los búlgaros, que ni siquiera pertenecen á la familia eslava, reciben toda suerte de dones. Su region formará un grande Estado casi independiente; príncipes de sangre real lo regirán con arreglo al espíritu moderno en la práctica de instituciones parlamentarias; y sus límites geográficos no se detendrán, no, en las cres-

tas de los Balkanes, sino que pasarán al Sur y tallarán, si es necesario, sobre la misma Rumelia, espacio anchísimo para este primogénito de la última guerra, verdadero Benjamin de la Rusia. Y Bulgaria no siente correr sangre eslava por sus venas; y Bulgaria no presta servicio alguno en la guerra; y Bulgaria, en su ignorancia y en su miseria, ni siquiera aspira al mayor de los bienes, ni siquiera aspira á la libertad. Durante la última guerra, esos búlgaros, por los cuales quieren los rusos que nos intereseamos nosotros, como se interesaron nuestros padres por los griegos, no han hecho más que inmolar á los turcos cuando triunfaban los cristianos, y á los cristianos cuando triunfaban los turcos, portándose con mayor ferocidad que los chacales de sus desiertos, y los lobos de sus cavernas, y los buitres y cuervos de sus aires, incapaces, al cabo, de distinguir entre vencedores y vencidos cuando se ceban ferozmente en los abandonados cadáveres.

¿Por qué este empeño á favor de los búlgaros? Por una razon sencillísima. Con las anexiones inminentes, con la retroventa de la Besarabia; con la extension dada á la Bulgaria desde las orillas danubianas hasta allende los Balkanes, con toda esta revolucion semi-geológica en el Oriente europeo, la estepa rusa, la planicie uniforme y estéril, á manera del despotismo, llega á

las puertas de Constantinopla, como esos desiertos asiáticos que andan y andan hasta cubrir con su estéril sudario de arena las ciudades y sus imperios. Lo cierto es que en 1856 se arrancaron á Rusia las bocas del Danubio; se privó á su soberanía del dominio eminente sobre el mar Negro, con una habilísima declaración de neutralidad; se despojó á su Sínodo del patronato ejercido sobre las iglesias griegas en los territorios turcos; se la obligó á sacrificar una parte considerable de sus escuadras; y ahora nos encontramos con que, obligada á una invasión por tierra en carros como los antiguos hunnos, ha conseguido ventajas y acaparado posiciones, cuya realidad no creerian, si de sus sepulcros se levantáran, ni Pedro el Grande, ni la gran Catalina, esos dos gigantes de las ambiciones moscovitas y de las empresas orientales.

¿Por qué ha sucedido esto? No me cansaré de repetirlo: porque Rusia ha contado con un verdadero ideal, mientras los enemigos de Rusia no han tenido ninguno. ¿Quién es el enemigo continental de Rusia? Austria. ¿Quién es el enemigo marítimo? Inglaterra. Una y otra potencia, en cuanto el Imperio ruso creció hasta aparecer tan formidable, á fines del siglo pasado, en Oriente, como á comienzos del siglo décimosexto el Imperio español en Occidente, proclamaron un prin-

cipio de imposible realización: la integridad de Turquía. Aun desmintió Inglaterra este principio en la guerra del año 22, cuando sus liberales y sus poetas la impelieron á despojar al Sultán de su más bella aureola, de la divina Grecia; pero Austria, entregada entónces á la política inmóvil de Meternich, clave necesaria de la Santa Alianza, espía de los pueblos opresos, no exceptuó, por bella, por sagrada, por artista, de su implacable rigor á la santa madre de la cultura universal. Y Turquía no puede sostenerse con su mezcla de régimen teocrático y régimen pretorianesco en medio de la Europa moderna. Absoluto es el Imperio ruso cuando se le considera en sí mismo; pero resulta una especie de América cuando se le compara con su rival, ese Imperio turco, entregado á libro único, que rige su conciencia, y á Califato omnipotente, que regula con sujeción á dogmas intolerantes y á prácticas intolerables toda su existencia. No había más remedio que aceptar las leyes providenciales de la Historia, contra las que nada podemos, como nada podemos contra las leyes mecánicas del universo; no había más remedio que aceptar la muerte y la descomposición de Turquía, buscándole en Grecia un heredero, cuya política ahuyentase la sombra funesta del panslavismo, y trajese el aire vivificante del espíritu moderno á esas

regiones emponzoñadas por el fatalismo mahometano, que, como toda supresion de la libertad, es al fin y al cabo una supresion de la vida. Ahora se acuerdan los ingleses de Grecia; ahora, que todo el Oriente se encuentra á merced de Rusia; ahora, que ha nacido Bulgaria; ahora, que se ha agrandado Sérvia; ahora, que las bocas del Danubio se han caido de manos de Rumanía; ahora, que la península de los Balkanes queda reducida en el fondo á mísero departamento moscovita. Y Austria ahora se acuerda de oponerse á Rusia, despues que ha dado fuerza á todas sus combinaciones, base á todos sus cálculos, alas á todas sus esperanzas, sombra á todas sus intrigas, aliento á todas sus empresas, con esa imposible alianza de los tres emperadores, en la cual solamente le tocaba un triste destino, visto por todos, y no por su incurable ceguera: el destino tristísimo de propiciatoria víctima.

Ahora se encuentran, pues, Austria é Inglaterra en verdadero apuro. La primera no puede consentir los dos terribles accidentes que van á suceder en las cuestiones orientales: el paso de las bocas del Danubio, su rio, á Rusia, y la constitucion de Bulgaria, ese principado que se ha convenido en bautizar con el agua eslava, y que ejercerá atraccion muy perturbadora contra Austria, cuando sirva de ejemplo y de estímulo á los

pueblos, confundidos con él por consanguinidad misteriosa, y que forcejean bajo la inmensa pesadumbre del cetro austriaco. Así el canciller Andrassy ha hablado con vehemencia en contra de las adquisiciones rusas, y ha pedido con instancia recursos para prosperar los derechos de la nacion y de sus diversos pueblos, aunque sea á precio de una guerra. No me extraña: liberal de conviccion, húngaro de nacimiento, político de véras, previsor como todos cuantos se han educado en largas desgracias, presiente la inferioridad irremediable de su patria el dia en que la Rusia quede señora y soberana de Constantinopla. Por léjos que estén otros dias, por borrada la memoria de los funestos combates del 48, por dulce que parezca la prosperidad presente, no puede olvidar cómo los rusos sacrificaron implacables la nacion húngara, ayudados por los croatas, y moviéndose todos al magnetismo milagroso de esa idea eslava, cuyas corrientes han herido á Turquía y han galvanizado á sus siervos. Pero si el estadista mira á su pueblo, la córte mira á su poder. Para Andrassy, el consentimiento á la política moscovita produciria la mengua de Austria; para Francisco José, el crecimiento de su autoridad y de su poder. El uno ve con penetracion clarísima en el predominio ruso la extincion de las libertades austriacas y húngaras, miéntras

el otro ve la esperanza de una restauracion absolutista. Su antiguo aliado, disponiendo de una confederacion de naciones jóvenes, acaso le dará fuerza moral para rehacer la autoridad menguada, y Bosnia y Herzegovina, para cohonestar con algunas conquistas y algun poder territorial tamaño cambio. Parece imposible; pero un rey que ha nacido en el poder absoluto nunca se resigna á perderlo y nunca desespera de recobrarlo. Austria faltará al ministerio que le tenian encomendado la Providencia y la Historia; faltará al ministerio de germanizar los pueblos eslavos, ya definitivamente rusificados; pero, en cambio, su emperador habrá sido amigo de sus enemigos; habrá pasado por el sueño fantástico de la alianza de los tres emperadores, como si fuera una consoladora verdad; habrá adolorado, ó por lo ménos inquietado, á los que le han impuesto las libertades modernas con las instituciones parlamentarias, y habrá soñado con la restauracion insensata de un poder absoluto, al cual nunca renuncian cuantos una vez han subido á las cimas de esos tronos seculares, y desde allí han visto, con vértigos inolvidables, los hombres en el polvo postrados, y por único rival de su poder, en los cielos, á Dios.

La opinion se ha exaltado con exaltaciones mucho más graves en la amenazada Inglaterra. Lle-

vado por una idea cosmopolita, si en esencia justa, en esta sazon inoportuna, el partido liberal ayudó el verano último á formar esa leyenda búlgara, con la cual se han conseguido dos cosas igualmente trascendentales: deshacer el Imperio turco y ahuyentar de su herencia á nuestra hermana la nacion helénica. Sujeta la política á inevitables contingencias, por ser la parte más complicada de la naturaleza humana, sucede en ella, como en medicina, que remedios probados para una enfermedad dañan cuando sobrevienen complicaciones con otras enfermedades diversas. La agitacion por Bulgaria ha dañado lo mismo á las ideas liberales que á los intereses británicos, cediendo, como cede, en pro de esa eterna enemiga de la libertad y del Occidente que se llama Rusia. Acostumbrados los ingleses de antiguo á que todos los movimientos por la libertad resultáran movimientos favorables á su política y á su interes, imaginaron encontrarse enfrente de una guerra de independencia, saludable á los pueblos, y no de una guerra de conquista, fausta á los tiranos. De un lado le inspiraron esta idea los tres maravillosos estadistas de la libertad: Russell, con sus cartas á favor de los pueblos cristianos; Gladstone, con sus reuniones en contra del Imperio turco; Brighth, con su oposicion á toda guerra. De otro lado, le confirmó en tal creencia esa

política incierta del Gabinete británico, que ni se decidía, como hubiera hecho Palmerston, resueltamente por la integridad del Imperio turco, ni se inclinaba á favor de las soluciones liberales, manteniéndose en la penumbra de una incertidumbre más dañosa cuanto más apremian los acontecimientos y más medidas supremas requieren y necesitan. Pero el velo se ha caído de los ojos, y las ilusiones se han disipado de la mente. Esa guerra de emancipación resulta guerra de conquista, como anunciábamos cuantos veíamos los sucesos sin las telarañas de las supersticiones en los ojos. Por la anexión de la Besarabia, por el establecimiento de la nueva Bulgaria, Rusia se queda en realidad con las dos orillas del río de los ríos, del Danubio, y con las dos vertientes de la cordillera de las cordilleras, con las dos vertientes de los Balkanes. Digan lo que digan, el equilibrio europeo está roto; la distribución de las fuerzas políticas, alterada; el eje de nuestro continente, cambiado; las regiones orientales, subvertidas; el incontrastable predominio moscovita puesto sobre todas las grandes potencias; la solución oriental, enmarañada; y la Turquía, reducida á un vasallaje real, á una dependencia servil, á una sumisión ciega, hasta el momento en que, menos poderosas las viejas monarquías de Austria é Inglaterra, y más afirmadas las recientes conse-

cuencias de las nuevas conquistas, quede, por una resolución definitiva, el codiciado vellocino de oro, la preciada Constantinopla, en manos de los rusos, los cuales dominarán el Mediterráneo y amenazarán con nuevas irrupciones á todo el Occidente. Así es que la opinión inglesa se ha despertado; los periódicos se han conmovido; el grito de alarma se ha puesto en las estrellas; las irreverencias contra los oradores liberales han menudeado, y Gladstone se ha visto constreñido en Harley-street á demandar auxilio á la policía para que lo libertase de manos de un pueblo, indudablemente ebrio de cólera y falto de respeto, que creía desahogar su ira y enderezar sus errores maltratando é hiriendo á la más preciada gloria de su tribuna y su Gobierno.

Confesemos que las aprensiones británicas son justas. Confesemos que su imperio asiático sufre rudo golpe. Y sin embargo, una parte de la opinión se muestra muy serena. Para los optimistas ingleses no significa gran cosa todo cuanto acaba de suceder. Hay quien se burla de esa patraña del camino de las Indias, cerrado por las conquistas rusas, y la atribuyen á desconocimiento completo de la Geografía y de la ruta que sigue el comercio. Mientras tengan las naves británicas á su disposición el estrecho de Gibraltar en la entrada del Mediterráneo, la isla de Malta en la mitad, el

canal de Suez en la desembocadura sobre el mar Rojo, y la cadena de posesiones que se extiende por el Asia, nada les importan ni los Dardanelos, ni el Bósforo, ni el mar Negro, ni las plazas fuertes de Armenia, ni siquiera el Golfo Pérsico. Hasta se dice que ese interes por el Ponto Euxino, por el estrecho de Tracia, por la Mesia y otras regiones, proviene de las escuelas, de las arengas de Ciceron, de las traducciones de Tito Livio, de los exámetros aprendidos en las *Heroidas* y en las *Tristes* del fecundo Ovidio. Pero yo creí siempre que el daño temido por los estadistas británicos no se derivaba tanto de esos obstáculos materiales, por nadie creidos, como de grandes fuerzas morales, que al fin y al cabo rigen los hechos en la sociedad, como las fuerzas materiales rigen los fenómenos en el universo. Yo creí que Inglaterra no temia tanto un obstáculo material en su camino, como que la inmensa Rusia se presentase rodeada de prestigiosas victorias y soberana de la sin par Constantinopla á los ojos supersticiosos del Asia. Un pueblo dotado de mezquino territorio, necesitadísimo de grandes mercados, marino y colonial por excelencia, como el pueblo inglés, necesita curarse, ántes que de todo en el mundo, de los mares y de las colonias. Así, cuando por la revolucion de América perdiera sus posesiones en las Indias occidentales, tuvo que volver los

ojos á las Indias orientales. Y los volvió, dando el bill de la India en 1784, durante cuya discusion Pitt columbró con su patriotismo revelador celajes deslumbradores de poder y de riqueza, sobrepujados por la realidad con un imperio fabuloso de doscientos millones de almas, extendidas por los bosques y los rios cuasi mitológicos, donde tuviera su cuna misteriosa nuestra raza, y sus primeras revelaciones y sus primeros altares nuestros dioses de la poesia y del arte. Cuanto Inglaterra ha hecho en sus guerras con el Imperio frances, en sus esfuerzos para hundir la marina española, en sus conflictos de Oriente, lo ha hecho por esas Indias, últimamente elevadas á Imperio, para que su soberanía tuviese un nombre legendario, como el que han llevado los dominios de Alejandro, de César, de Carlo-Magno, de Carlos V y de Napoleon, los grandes conquistadores de la Historia. En ese Imperio existen ciento sesenta millones de pacíficos bramistas, que pasan su vida en místicas contemplaciones y en religiosas plegarias, sometidos é inermes; pero hay cuarenta millones de musulmanes, que ciñen la cimitarra, que leen el Koran, que aman la guerra, que suspiran por hazañas en las cuales puedan ganar el Eden de delicias prometido por el Profeta á los héroes y á los mártires de su fe guerrera. Sabemos que hay dentro de esas doctrinas sus

herejías y sus sectas; sabemos que ciertas tendencias llegan hasta una especie de puritanismo, sólo comparable al puritanismo británico; pero también sabemos que las más fuertes son las más ortodoxas. Y no puede ser indiferente á Inglaterra que el jefe religioso de esas gentes, el Califa heredero de Osman, y revestido por los últimos Abasidas del Pontificado mahometano, el que lleva en su corona la media luna de los conquistadores, y en sus manos el sable encorvado de los profetas, dependa de la aristocracia de Westminster ó dependa de los esclavos de Moscou. Así es que la paz firmada en San Estéfano, que parece como la partida de defuncion del Imperio turco, ha herido de muerte al Imperio británico. Hoy se niega á reconocerla; pide que vaya íntegra al Congreso europeo, y si no quiere caer para siempre de su trono, tendrá mañana mismo que sostener esa rogativa con la guerra. No tiene otra salida lo supremo de la situacion y lo terrible de los acontecimientos. ¡Que triunfen la libertad y la justicia!

---

## MAS COMPLICACIONES.

---

En Rusia, adonde las clases medias se ilustran y las clases superiores gozan, reina la invencible aspiracion al régimen parlamentario y á las libertades modernas. Hace pocos dias reuníanse varios literatos rusos en modesto banquete, para festejar á uno de los novelistas más célebres de nuestro tiempo, á Tourgueneff, cuyo nombre recuerda como una dinastía de héroes consagrados á la defensa de la libertad. El célebre novelista ha creado esta palabra de *nihilismo*, que ha recorrido toda Europa, con el fin de caracterizar un sistema político. Y no podia darse ninguna más apropiada. Nada de religion, nada de Estado, nada de familia, nada de propiedad; el comunismo más bárbaro, dirigido por la anarquía más desenfrenada. Y Tourgueneff, como escritor liberal, ha señalado al absolutismo despiadadísimo, reinante en las cimas de aquel Estado, la anexion estrecha